

Bestseller de *The New York Times*

HACIA EL INFINITO

Ascenso y caída de Sam Bankman-Fried,
fundador de FTX



MICHAEL LEWIS

Hacia el infinito

Ascenso y caída de Sam Bankman-Fried,
fundador de FTX

MICHAEL LEWIS

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Going Infinite*

© Michael Lewis, 2024

© de la traducción, Verónica Puertollano, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2024

Depósito legal: B. 1.632-2024

ISBN: 978-84-234-3694-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prefacio	11
----------------	----

PRIMER ACTO

1. Sip.....	17
2. El problema de Papá Noel	37
3. Metajuegos	55
4. La marcha del progreso	75

SEGUNDO ACTO

5. Cómo pensar sobre Bob	97
6. Amor artificial	123
7. El organigrama.....	157

TERCER ACTO

8. La guarida del dragón.....	193
9. La desaparición	219
10. Manfred.....	239
11. El Serum de la verdad.....	263
Epílogo.....	285
Agradecimientos	287

Sip

La mayoría de las personas que se fueron a trabajar para Sam Bankman-Fried acabaron en puestos para los que era evidente que les faltaba preparación, y Natalie Tien no fue una excepción. La habían criado en Taiwán unos padres de clase media cuya única esperanza para ella era, en realidad, que encontrara un marido rico. Era menuda y afable, y no estaba hecha para la rebeldía. Todavía tenía el acto reflejo de taparse la boca con la mano cuando se reía. Y, sin embargo, estaba decidida a demostrarles a sus padres que la habían subestimado. Tras acabar la universidad, no salió a la caza de un marido, sino de un trabajo. Su propia ambición la hacía sentir tan insegura que antes de cada entrevista escribía y se aprendía al dedillo lo que quería decir sobre sí misma. Consiguió el primer trabajo serio para el que se había presentado en una empresa de capacitación profesional en inglés, donde se aburrió como una ostra. Pero más tarde, en 2018, a la edad de veintiocho años, descubrió las criptomonedas.

El año anterior, el precio del bitcoin se había multiplicado casi por veinte, de 1.000 dólares a 19.000, y el volumen diario de las operaciones se había disparado hasta una cifra gigantesca difícil de precisar (lo más parecido que tenemos a una información fiel de lo ocurrido procedía de la bolsa de criptomonedas Coinbase, cuyo volumen de operaciones en 2017 era treinta veces ma-

yor que en 2016). En toda Asia brotaban cada mes nuevas bolsas de criptodivisas para dar servicio al creciente público apostante. Todas tenían mucho dinero para gastar y una insaciable demanda de mujeres jóvenes. «Los requisitos son: guapa, con buen pecho, que haya hecho *streaming* en directo, nacida en 2000 o después, con facilidad de palabra», decía una oferta de empleo para el puesto de agente comercial en la nueva bolsa de mayor crecimiento. En 2018, muchas jóvenes asiáticas trataban de cumplir esos requisitos. Natalie se lo planteó de otra manera. Se pasó un mes leyendo todo lo que pudo encontrar sobre criptomonedas y *blockchains*. «Todo el mundo decía que era una estafa», dijo, y eso le preocupaba. Una vez dentro, le llamó la atención qué pocas eran las personas que trabajaban en el mundo cripto y sabían explicar qué era un bitcoin. Las propias empresas no siempre sabían lo que estaban haciendo, ni por qué. Contrataban a un montón de gente porque se lo podían permitir y una plantilla más numerosa las hacía parecer importantes. Lo que hizo que Natalie siguiera adelante e ignorara la sensación de que estaba desperdiciando cualquier talento que pudiese tener era su impresión de que las criptomonedas iban a ser el siguiente *boom*. «Me lo tomé como una apuesta sin nada que perder», dijo.

En junio de 2020, trabajaba ya para su segunda criptobolsa asiática cuando se enteró de que había una vacante en FTX. Al igual que las otras bolsas, FTX la contrató enseguida, tras una sola entrevista, y pasó a ser la 49.^a empleada de la compañía. FTX era distinta de las demás bolsas, principalmente porque quien la dirigía, Sam Bankman-Fried, era diferente. Todos los hombres que Natalie Tien había conocido en el mundo cripto estaban interesados, sobre todo, en las mujeres y el dinero, y lo que más interesaba a Sam no era ninguna de las dos cosas, aunque a Natalie le llevó un tiempo averiguar qué era. *Aquí, todo es cinco veces más*, pensó. Cinco veces más trabajo, cinco veces más crecimiento, cinco veces más dinero, cinco veces más responsabilidad. Nadie le dijo que hubiera que trabajar todo el tiempo, o que la vida extralaboral no tuviera cabida, pero todo aquel que trabajara en FTX e intentara llevar una vida normal nunca llegaba a cuajar allí, así de simple. Natalie sí cuajó, y, a los pocos me-

ses de trasladarse a las oficinas de FTX en Hong Kong, la nombraron jefa de relaciones públicas de la empresa. Lo curioso de todo esto era —además de que Natalie no tenía ninguna experiencia en relaciones públicas— que FTX no tenía relaciones públicas. «Cuando entré yo, Sam no creía en las relaciones públicas. Pensaba que era todo paja», dijo Natalie.

Al principio, Natalie intentó convencer a Sam de que debía hablar con los periodistas, y a la vez intentó convencer a los periodistas de que debían hablar con Sam. «En julio de 2020, ningún periodista tenía interés por Sam. Cero», dijo. El furor por las criptomonedas recordaba a Róterdam allá por 1637, cuando un único bulbo de tulipán se negociaba por un precio que casi triplicaba el de un Rembrandt. Y cada día se negociaban más en FTX. Y Natalie seguía presionando a los periodistas, y a Sam.

La mañana del 11 de mayo de 2021, Sam Bankman-Fried hizo su primera aparición televisiva. Se sentó a su mesa de operaciones y habló a través de la pantalla de su ordenador con dos reporteras de Bloomberg TV. De su cabeza brotaban rizos negros en todas las direcciones. La gente que intentaba describir el pelo de Sam se rendía y decía que era «afro», pero no es afro. No es más que una maraña, y, como todo lo que tiene que ver con la presencia de Sam, no parecía tanto deberse a una decisión como a la decisión de no tomar una decisión. Llevaba puesto lo mismo que siempre: una camiseta arrugada y un pantalón corto. Su rodilla rebotaba arriba y abajo unas cuatro veces por segundo, mientras sus ojos se movían rápidamente de lado a lado y sólo por casualidad coincidían con la mirada de sus entrevistadoras. Se comportaba como un niño que finge interés cuando sus padres lo arrastran al salón para que conozca a sus amigos. No se había preparado nada, pero las preguntas eran tan fáciles que no importó. El niño prodigio de las criptomonedas, decía el cintillo de Bloomberg, mientras las cifras a la izquierda de la pantalla mostraban que, en el año anterior, el precio del bitcoin había subido más del 500 por ciento.

Aquel primer programa de televisión Natalie lo vio desde su mesa, pero, después, en las posteriores entrevistas, se paseaba por detrás de Sam para confirmar que sí, que sus ojos se movían

mucho porque estaba jugando a un videojuego. ¡En directo en televisión! A menudo, cuando estaba en directo, Sam no sólo jugaba a un videojuego, sino que respondía mensajes, editaba documentos y tuiteaba. El entrevistador le preguntaba algo y Sam decía: «Ahhhh, interesante pregunta», aunque nunca le parecía interesante ninguna de las preguntas. Y Natalie sabía que sólo estaba ganando tiempo para salir del juego que estuviese jugando y volver a meterse a la conversación. Natalie no sabía cómo debía comportarse una persona en la televisión en directo, pero sospechaba que no era así. Sin embargo, mientras veía la primera actuación de Sam en televisión, tuvo la sensación de que podría salir bien. Sam era raro en la televisión, pero también lo era fuera. En la vida real, las personas que se topaban con él solían pensar que era la persona más interesante que jamás habían conocido. Natalie decidió no someterlo a un entrenamiento para los medios, ni a ninguna otra cosa que pudiera hacer que Sam pareciese menos Sam.

Poco después de aquella primera entrevista de Bloomberg TV, llamó a su puerta la revista *Forbes*. En 2017, cuando Forbes empezó a seguirles la pista a las criptofortunas, el nombre de Sam ni siquiera había entrado en la lista de las personas cuyas riquezas debían formar parte de su seguimiento, pero, en 2017, Sam no habría sabido decir qué era un bitcoin, y, en cualquier caso, su valor aproximado era de 0 dólares. «Salió más o menos de la nada. Me impactó. No era que hubiese comprado bitcoins y hubiese pasado de cero a veinte mil», dijo Steve Ehrlich, el periodista al que *Forbes* encargó averiguar el patrimonio neto de este desconocido de veintinueve años. Al parecer, en tres años, Sam Bankman-Fried había creado una empresa tan valiosa que su participación en ella lo convertía ahora en la persona menor de treinta años más rica del mundo. «Cuando miré las cifras por primera vez, pensé: “¿Puede ser verdad esto, puede este tipo valer 20.000 millones de dólares?”. Era algo bastante insólito. Nadie se había hecho rico tan rápido, excepto Mark Zuckerberg, y se le acercaba mucho», dijo Chase Peterson-Withorn, que dirigía el equipo de investigadores de *Forbes*.

De esa pregunta saltaron pronto a otra, en concreto: «¿Cuánto más de 20.000 millones de dólares podría valer este tipo?».

Además de la criptobolsa, FTX, Sam también poseía y dirigía una cryptoagencia de *trading* cuantitativo llamada Alameda Research. El año anterior, 2020, y con sólo unos pocos empleados, Alameda había generado 1.000 millones de dólares en beneficios de *trading*, y acumulaba participaciones en otras empresas, así como tokens, a un ritmo apabullante. Cuanto más se acercaba uno a Alameda Research, menos parecía un fondo de cobertura y más se asemejaba a la guarida de un dragón, repleta de tesoros variados. Los analistas de patrimonio siempre habían tratado de no complicar las cosas: los activos valían sólo lo que otras personas estuviesen dispuestas a pagar por ellos. Ese enfoque funcionó bien durante la burbuja de las puntocom, cuando todo el mundo podía estar de acuerdo en que, aunque Pets.com fuese absurda, seguía valiendo 400 millones de dólares porque los inversores estaban dispuestos a comprarla con esa valoración. En cambio, con estas nuevas criptofortunas, el enfoque de *Forbes* para medir la riqueza sólo servía hasta cierto punto. ¿Qué hacer, por ejemplo, con los tokens de Solana que Sam tenía en Alameda Research? Casi nadie sabía qué era Solana —una nueva criptomoneda acuñada para rivalizar con Bitcoin—, y mucho menos cómo valorarla. Por un lado, según el precio de mercado actual, la reserva de Solana que poseía Sam tenía un valor de tal vez 12.000 millones de dólares; por el otro, Sam tenía alrededor del 10 por ciento de todos los tokens de Solana del mundo. Era difícil saber cuánto pagaría alguien por ello si Sam intentara venderlos todos. *Forbes* se limitó a ignorar las posesiones de Sam en Solana, junto con la mayor parte del resto de los contenidos de su guarida de dragón.

A medida que hablaba con los periodistas de *Forbes*, lo que más preocupaba a Sam, y también a Natalie, era que publicaran una cifra que lo obligara a explicar más de lo que quería. Revisó con la gente de *Forbes* lo que ellos sabían o creían saber. «Había dos razones por las que hablaba con ellos. La primera es que iban a estar ahí de todos modos. Y la segunda es que eso hace que confíen más en nosotros», dijo Sam. Aun así, le preocupaba que, si se lo contaba todo a *Forbes*, ellos pudieran decirle a todo el mundo que era tan rico como él pensaba que era. «No les envié la cifra, “Esto es lo que valgo”. Habría definido el tono equi-

vocado. La cifra era demasiado alta. Si sale en *Forbes* que valgo 100.000 millones de dólares, va a ser muy raro y va a joder las cosas», explicó Sam. No les había enviado el listado del centenar aproximado de empresas que había adquirido en los dos años anteriores, por ejemplo. La historia de Sam podía ser fantástica, pero él necesitaba que fuese creíble.

Resultó que Sam no tenía motivos para preocuparse. En noviembre de 2021, *Forbes* cifró su patrimonio neto en 22.500 millones de dólares, un peldaño por debajo de Rupert Murdoch y uno por encima de Laurene Powell Jobs. Esos 22.500 millones de dólares era la cifra resultante si se coincidía con las principales empresas de capital riesgo del mundo en que el negocio de la criptobolsa valía por sí mismo 40.000 millones de dólares. Sam poseía el 60 por ciento de FTX: el 60 por ciento de 40.000 millones de dólares es 24.000 millones. Aun así, en los cuarenta años transcurridos desde que *Forbes* empezó a llevar un registro del patrimonio de los ricos, él era un caso atípico. «Era el rico hecho a sí mismo más rico que jamás había irrumpido en la lista de *Forbes*. Y podríamos haber justificado fácilmente una cifra mucho más alta. Intentamos ser cautos», dijo Peterson-Withorn. La cifra de Sam era tan increíble, que los ejecutivos de *Forbes* no tardaron en preguntar si también quería comprarles su empresa.

Cuando Sam vio la reacción a la lista de multimillonarios de *Forbes*, y a la consiguiente portada de la revista, se dispó cualquier duda que pudiera albergar sobre el valor de las relaciones públicas. El trabajo de Natalie se volvió más fácil y a la vez más complicado. Más fácil porque ahora todo el mundo quería hablar con Sam, y él estaba dispuesto a hablar con cualquiera, siempre que pudiera jugar a un videojuego mientras tanto. Sam pasó de ser sumamente reservado a ser un adicto a las apariciones en los medios. Estaba igual de encantado de charlar durante una hora a calzón quitado con el reportero del *Westwego Crypto Daily* como lo estaba de hablar con *The New York Times*. Natalie recopiló listas para Sam, con notas sobre el centenar aproximado de periodistas con los que podría tener que tratar y consejos sobre cómo manejarse con ellos. Por ejemplo: «Tal persona es gilipollas, así que ten mucho cuidado con ella»; o: «No puedes evitar

al del *Financial Times*, pero sé muy precavido con cualquiera del *Financial Times*, porque el *Financial Times* es muy anticripto».

Ser la directora de relaciones públicas de una multinacional en auge no era tan difícil. «Aprendes a medida que lo haces», dijo Natalie, risueña. La parte difícil de su trabajo era Sam. El tiempo que se le exigía a Natalie llegó a tal punto, que ésta asumió una segunda función como planificadora personal de Sam. Siempre había sido Natalie a quien debía llamar el periodista del *Financial Times* si quería concertar una cita con Sam; ahora también era a Natalie a quien el padre de Sam debía llamar con la esperanza de disponer de quince minutos a solas con su hijo. A finales de 2021, Natalie —y sólo Natalie— sabía dónde estaba Sam en cada momento, y adónde iría después, y cómo conseguir que hiciera lo que tuviese que hacer. En realidad, no tenía mucho en común con su jefe, pero debía meterse en su cabeza para poder hacer su trabajo. «Tienes que aprender a llevarte bien con él. Y es un misterio saber cómo llevarte bien con él», dijo.

Cuando ya llevaba un año en su trabajo, Natalie era tan capaz como el que más de predecir qué podría hacer Sam y por qué. Y, sin embargo, incluso para Natalie, Sam seguía siendo un enigma. Nunca podía tener la certeza de dónde estaba, para empezar. «No esperes que te diga dónde va a estar y cuándo. Nunca te lo va a decir. Tienes que ser lista y rápida para averiguarlo tú misma», dijo Natalie. Y Sam podía estar en cualquier lugar, a cualquier hora. Ella le reservaba una habitación para dos noches en el Four Seasons de Washington, y Sam podía incluso registrarse, pero no llegar a entrar en la habitación. Sam tenía más problemas para dormir que nadie que Natalie hubiese conocido. Podía encontrárselo a las dos de la madrugada en su mesa, hablando con algún periodista del otro lado del mundo, o deambulando por alguna calle desierta y tuiteando como un descosido, o en cualquier otro lugar, salvo en su cama. Pero a las 14.00, cuando debía estar en directo en televisión, podía estar dormido en el puf que tenía junto a su mesa. «Con él no existe eso de los tiempos de trabajo y de descanso», dijo Natalie. Hubo noches en que Natalie se acostaba a las 3.00, con la alarma puesta a las 7.00, se despertaba para ver qué marrón de relaciones públicas podía haber provoca-

do Sam en ese lapso, ponía una segunda alarma a las 8.00, volvía a comprobarlo todo, ponía otra alarma más y se volvía a dormir hasta las 9.30.

El modo en que Sam se planteaba sus compromisos era un problema aún mayor. Natalie planificaba cada minuto de los días de Sam; no sólo las apariciones en televisión, sino las reuniones con otros CEO, con famosos que sentían curiosidad y con gobernantes de países pequeños. No incluía nada en la agenda de Sam que él no hubiese aceptado. La mayoría de las veces, era Sam quien sugería alguna reunión o aparición pública. Y, sin embargo, Sam consideraba opcional todo lo que figuraba en su agenda. La agenda era menos un plan que una teoría. Cuando la gente le pedía un hueco a Sam, daban por hecho que estaban haciendo una pregunta a la que responder «sí» o «no», y los sonidos que emitía Sam siempre sonaban más a un «sí» que a un «no». No sabían que, en la cabeza de Sam, había un dial, con un 0 en un extremo y un 100 en el otro. Lo único que había hecho al decir que sí era asignar alguna probabilidad distinta de cero al uso de su tiempo que se le proponía. El dial oscilaba frenéticamente mientras Sam calculaba y recalculaba el valor esperado de cada compromiso hasta el mismísimo momento en que lo cumplía o no. «Nunca te dice qué va a hacer. Siempre tienes que estar preparada, cambia cada segundo», explicó Natalie. En cada decisión que tomaba Sam había un cálculo del valor esperado. Los números que Sam tenía en la cabeza cambiaban sin cesar. En una ocasión, a medianoche, le envió a Natalie un mensaje que decía: «Hay el 60 por ciento de probabilidad de que vaya a Texas mañana». Natalie se preguntó: «¿Qué significa eso, el 60 por ciento de probabilidad? No puedo reservar el 60 por ciento de un avión y el 60 por ciento de un coche, o el 60 por ciento de una habitación de hotel en Texas».

Por supuesto, no se lo decía directamente a Sam, sino que intentaba prever las probabilidades cambiantes antes de que él hiciera sus cálculos. Aprendió a seguirle la corriente al profesor de Harvard, por ejemplo, y decirle: «Sí, Sam me dijo que le parecía bien venir a hablar a un aula llena de gente importante de Harvard el viernes que viene a las 14.00. Lo tiene en su agenda».

Sin embargo, cuando pronunciaba esas palabras ya se había inventado la excusa que le pondría a esa misma persona de Harvard, probablemente el jueves siguiente por la noche, para explicar por qué Sam no iba a estar por Massachusetts. «Sam tiene la COVID-19.» «El primer ministro necesita ver a Sam.» «Sam está atrapado en Kazajistán.»

Lo curioso de estas situaciones era que Sam nunca tenía la intención de provocarlas, lo que en cierto modo resultaba aún más insultante. No pretendía ser descortés. No pretendía generar caos en la vida de otras personas. Sólo se movía por el mundo del único modo en que sabía hacerlo. El coste que esto suponía para los demás no entraba nunca en sus cálculos. Con él, nada era nunca personal. Si te dejaba plantado, nunca era por capricho o por desconsideración. Era porque había algún cálculo en su cabeza que demostraba que no merecías ese tiempo. «Siempre te estás disculpando con diferentes personas, y lo haces todos los días», dijo Natalie.

A Natalie le encantaba su trabajo. Sam jamás había sido cruel ni ofensivo y ni siquiera había tonteado con ella. Todo lo contrario: ella se sentía protegida por él de los abusos de los demás. De vez en cuando, Sam la sorprendía con algún gesto amable; por ejemplo, después de que él se reuniera en privado con el presidente Clinton y le preguntara qué podría hacer Estados Unidos si China invadía Taiwán. Lo que quiera que Clinton le contara a Sam llevó a éste a buscar a Natalie después y recomendarle que sacara a sus padres de Taiwán. Sam rara vez estaba siquiera en desacuerdo con ella. Se mostraba siempre receptivo a sus ideas y, a veces, como con Bloomberg TV, hacía lo que ella le había sugerido. «Sip», decía siempre. «Sip» era la palabra recurrente de Sam, y cuanto menos atención hubiese prestado a lo que se le acabara de decir, más la alargaba. *Siiiiiiiiip*. «No es directo, la mayoría de las veces. Te dice “Sip”, o “Qué interesante”, pero en realidad no lo dice en serio. Así que tienes que deducir cuándo se está limitando a evitar el conflicto y cuándo lo dice de verdad», dijo Natalie.

A principios de 2022, la agenda de Sam se había descontrolado por completo. Todas las personas importantes del planeta parecían querer conocerlo. Les había dicho que sí a todas. Cualquiera otro que se hubiese visto en la situación de Sam habría creado una enorme red de planificadores, asesores y guardianes. Sam sólo tenía a Natalie, que ya no era sólo su jefa de relaciones públicas y su planificadora personal, sino también, a veces, su guardaespaldas. Era un malabarista de circo con mil bolas en el aire. Ninguna bola era demasiado importante, pero Natalie tenía la sensación de que cualquiera de ellas podría provocar una crisis en cascada si se la dejaba caer. Y la mañana del 14 de febrero, una de esas bolas la tenía especialmente preocupada.

Tres días antes, Sam había embarcado en un avión privado en las Bahamas con destino a Los Ángeles, sin más equipaje que su ordenador portátil y una muda. Desde entonces, había tomado un *brunch* con Shaquille O'Neal y cenado con las Kardashian, y había visto la Super Bowl con el propietario de Los Angeles Rams. Había charlado con Hillary Clinton y Orlando Bloom. Había asistido a cuatro fiestas y se había reunido con emprendedores que querían que comprara sus empresas, y también con el CEO de Goldman Sachs, que estaba ansioso por conocerlo mejor. Durante las tres noches anteriores, Natalie no había estado del todo segura de dónde había dormido Sam, o de si lo había hecho, pero sí sabía que se había registrado en la habitación que le había reservado en el Beverly Hilton porque le había visto hacerlo.

Aquel día, el decimocuarto, la habitación de hotel estaba como si Sam nunca la hubiese ocupado. Las sábanas estaban aún almidonadas; las almohadas, lisas; las papeleras, vacías; y el baño, reluciente. La única señal de presencia humana en la habitación era el propio Sam. Estaba sentado a la mesa con la misma camiseta arrugada y los mismos pantalones cortos anchos que llevaba en el avión. Como siempre, hacía varias cosas a la vez: miraba el móvil, se aplicaba bálsamo ChapStick en los labios, crónicamente resecos, y abría y cerraba ventanas en su ordenador portátil, todo mientras martilleaba el suelo con cuatro rebotes de rodilla por segundo. Su tarea asignada —la que Natalie le había recordado la

noche anterior, y de nuevo por la mañana— era llegar a tiempo para su reunión por Zoom. Ya llegaba tarde. Pero había otra persona muy importante con muchas ganas de conocerlo esperándolo en su ordenador.

—¡Hola, aquí Sam! —dijo a su ordenador al abrirse el recuadro de Zoom.

En su pantalla apareció Anna Wintour, directora editorial de la revista *Vogue*. Llevaba un vestido amarillo ceñido, iba cuidadosamente maquillada y lucía un corte bob tan marcado que los flecos se hundían y se curvaban alrededor de su rostro como las hojas de dos guadañas.

—Qué contenta estoy de conocerte por fin! —dijo.

—¡Hola, también yo me alegro de conocerte! —respondió Sam.

En realidad, Sam no sabía quién era Anna Wintour. Natalie y otras personas le habían puesto al corriente, pero él no había prestado atención. Sabía que Anna Wintour editaba una revista. Puede que fuese o no vagamente consciente de que Meryl Streep había interpretado su papel en *El diablo viste de Prada*, y que llevaba mandando en el traicionero mundo de la moda desde que..., en fin, desde antes de que Sam naciera. Se la veía muy elegante, pero sus encantos, como todos los encantos, le pasaban inadvertidos. Cuando le pedías a Sam que describiera el aspecto de una persona —incluso una con la que se había acostado—, decía: «No sé muy bien qué responder a eso. No se me da bien juzgar a la gente por su apariencia».

Cuando Anna Wintour empezó a hablar, él pulsó un botón y ella desapareció de su pantalla. En su lugar apareció su videojuego favorito, *Storybook Brawl*. Sólo tenía unos segundos para seleccionar su personaje. Eligió el Dragón Atesorador. El Dragón Atesorador era quizá el héroe con el que más le gustaba jugar.

—Sip —decía Sam a lo que estuviese diciendo Anna Wintour.

Aún podía oírla a través de los auriculares. A menos que ella le estuviese mirando a los ojos, no tenía motivos para pensar que él no le estaba prestando atención. Sam no quería parecer grosero. Simplemente tenía que estar jugando a ese otro juego al mismo tiempo que el que tuviera entre manos en la vida real. Su

nuevo papel como el nuevo niño multimillonario más interesante del mundo lo obligaba a hacer todo tipo de cosas absurdas. Necesitaba algo que le ocupara la cabeza, algo distinto a aquello en lo que se suponía que debía estar pensando. Y así, curiosamente, cuanto más importante se volvía a ojos del mundo, más importantes eran estos juegos para él.

Storybook Brawl tenía todo lo que a Sam le encantaba en un juego. Lo enfrentaba a contrincantes en directo. Le exigía tomar muchas decisiones con rapidez. A Sam le aburrían los juegos sin límite de tiempo. Lo estimulaba tener los segundos contados mientras reunía su pelotón de personajes fantásticos: enanos, brujas, monstruos, princesas y demás. Cada personaje llevaba asignados dos números: el daño que podía infligir a otros personajes y el daño al que podría sobrevivir. Cada personaje tenía, además, unos rasgos complejos: por ejemplo, la capacidad de lanzar hechizos varios, o de interactuar de formas específicas con tesoros concretos recogidos por el camino, o de conferir alguna fuerza cuantificable a los camaradas. El juego era demasiado complicado para saber con certeza cuáles eran las jugadas óptimas. Requería habilidad, pero también suerte. Requería calcular probabilidades, pero también adivinar. Esto era importante: a Sam no le interesaban los juegos como el ajedrez, donde los jugadores lo controlan todo y la mejor jugada era, en teoría, perfectamente calculable. El ajedrez le habría gustado más si unas voces robóticas incorporadas al tablero vocearan los cambios de reglas a intervalos al azar: «¡Los caballos son ahora torres!», «¡Todos los alfiles deben salir del tablero!», «¡Los peones pueden ahora volar!». O casi cualquier cosa, siempre y cuando la nueva regla obligase a todos los jugadores a prescindir de la estrategia que hubieran estado siguiendo e improvisar otra mejor. Los juegos que le gustaban a Sam sólo permitían un conocimiento parcial de cualquier situación. El *trading* con criptomonedas era así. «Siiiiiiip», decía Sam, a cualquier cosa que Anna Wintour acabara de decir. Su pelotón de enanos, al que había añadido un par de princesas, estaba defendiendo al Dragón Atesorador. Al mismo tiempo, estaba atacando a su nuevo enemigo, al héroe de su contrincante, un pingüino gordo y blanco llamado Pingüino Mara-

villa. Un enano llamado Mañoso atacaba a un pelele con pinta triste llamado Príncipe Solitario. La Princesa Durmiente borra-ba de la faz de la Tierra el laberinto del Minotauro. Una doncella dormida se despertaba para lanzar un hechizo a un personaje moribundo y convertirlo en otros tres vivos generados al azar. ¡Eran muchas las cosas que estaban pasando a la vez! Le habría resultado imposible seguir la acción, aunque sólo estuviese pendiente de ella.

—Siiiiiiiiip —dijo Sam.

Los sonidos que emitía la mujer eran totalmente protocolarios. No había ningún contenido real. Pero cada «sip» de Sam era más cálido y animado que el anterior. Y era evidente que a ella le estaba cayendo bien. Como a todo el mundo, en esa época. Cuando tienes 22.500 millones de dólares, la gente se muere por ser tu amiga. Te perdonarían cualquier cosa. Ese deseo lo libera a uno de tener que prestarles atención, lo cual está muy bien, porque la atención que Sam podía prestar era limitada. Estaba a punto de empezar otra batalla. A medida que pasaban los segundos, se apresuró a seleccionar un nuevo ejército de árboles y enanos asesinos. Al mismo tiempo, sacó un documento: las notas que Natalie había preparado para esa reunión. Sam las miraba ahora por primera vez. Anna Wintour era definitivamente la editora de la revista *Vogue*.

—Qué interesante —dijo Sam cuando empezó la batalla, que, de nuevo, acabó en cuestión de segundos.

El Dragón Atesorador ya estaba en apuros. Su indicador de salud disminuía más rápido que el de los rivales. Muchos de los héroes lo eran desde el principio: el Dragón Atesorador era uno de los pocos que adquirirían sus poderes más tarde. La forma de jugar con el Dragón Atesorador era comprar tesoros que le dieran más ventaja a él que a cualquier otro héroe, pero empezaban a dar sus frutos más tarde, unas ocho batallas después. Entretanto, había que ir distrayendo recursos de la batalla en curso. Sam no necesitaba ganar estas primeras batallas. Sólo necesitaba mantener con vida al Dragón Atesorador el tiempo suficiente para disfrutar de las futuras y enormes ventajas de los tesoros que estaba acumulando. Anna Wintour se lo estaba poniendo

difícil. ¡Quería demasiada atención! Y estaba llegando al verdadero motivo de la llamada: la Gala del Met, organizada por la revista *Vogue*. Pero, en vez de simplemente explicárselo y dejarlo en paz, le preguntó a Sam qué sabía al respecto.

Sam se revolvió en su silla. Sacó de sus pantalones arrugados su bálsamo labial. Empezó a girarlo nerviosamente. Pasaron unos valiosos segundos. Por fin, pulsó un botón. El Dragón Atesorador se desvaneció, y reapareció Anna Wintour. Curiosamente, sólo quería verla cuando estaba hablando él.

—No sé tanto sobre tu sector como tú, obviamente —dijo, con cautela—. Tengo algo de información pública, pero no sé mucho del *backstage*.

Algo de información. En sentido estricto, era verdad: Sam tenía «algo» de información. Sabía que la Gala del Met era una fiesta, a la que asistían famosos. Aparte de eso, no sabía mucho más. Por ejemplo, no sabía si el «Met» era la Ópera Metropolitana o el Museo Metropolitano, o, ya puestos, la Policía Metropolitana.

Anna Wintour estaba sin duda acostumbrada a esta situación. Para gran alivio de Sam, empezó a explicar el asunto. En cuanto ella abrió la boca, Sam cambió su cara por una página de Wikipedia.

La **Gala del Met**, oficialmente llamada **Gala del Instituto del Vestido o Gala en Beneficencia del Instituto del Vestido**, también conocida como el **Baile del Met**, es una gala anual de recaudación de fondos para el Instituto del Vestido del Museo Metropolitano de Nueva York. Da inicio a la exposición de moda anual del Instituto del Vestido. Cada año, el evento celebra el tema de la exposición del Instituto del Vestido de ese año, y la exposición marca el tono de la vestimenta formal de la noche, ya que se espera que los invitados elijan un atuendo acorde con el tema de la exposición.

—¡Interesante! Eso es superinteresante —dijo Sam.

Pero incluso mientras expresaba ese interés, estaba pulsando un botón que hizo desaparecer la página de Wikipedia. En su lugar, apareció un enorme *tomahawk* dorado. El Dragón Ateso-

rador pendía de un hilo. Estaba a punto de empezar otra batalla, contra un personaje llamado Peter Pants [Calzones]. Peter Pants era lo contrario del Dragón Atesorador. Peter Pants era un personaje decisivo cuyos poderes menguaban con el tiempo. Lo único que se proponía Peter Pants era matarlo rápidamente. Peter Pants podría liquidar al Dragón Atesorador en una sola batalla. Sam sólo tenía unos segundos para organizar su fuerza de combate. Necesitaba concentrarse. Anna Wintour lo estaba haciendo imposible.

—Siiiiip —dijo Sam.

Anna Wintour dijo entonces que quería saber más acerca de qué había hecho FTX en materia de donaciones. Obligado a hablar, Sam permitió que el rostro de Wintour volviera a su pantalla.

—Hemos hecho acuerdos de patrocinio en algunas partes —dijo—. Pero fue más o menos por casualidad por lo que nos lanzamos al principio. Nos esforzamos por estudiar qué alianzas tendrían más impacto. Por eso nos hemos asociado con Tom y Gisele.

«Asociado.» De nuevo, estrictamente cierto. Pero eso no plasmaba el espíritu de la relación. Sam había acordado pagar 55 millones de dólares a Tom Brady, y a su entonces esposa, Gisele Bündchen, otros 19,8 millones, por veinte horas del tiempo de cada uno, durante los tres años siguientes. Sam pagaba a la gente más dinero por minuto del que nadie les había pagado jamás por hacer nada en toda su vida. Había pagado 10 millones de dólares a Larry David por crear un anuncio de sesenta segundos —además de los 25 millones que costó producir el anuncio y emitirlo durante la Super Bowl— que Sam había visto justo el día anterior. Era un anuncio genial.

El Dragón Atesorador se estaba muriendo.

Puede que Sam no supiera muy bien qué era la Gala del Met, o qué papel concreto podría desempeñar él en ella, pero intuía qué era lo que perseguía Anna Wintour. No quería sólo su dinero: lo quería a él. Presente, en su alfombra roja de la Gala del Met, al lado de ella, generando expectación. Sam también sabía qué podría conseguir él a cambio de su sacrificio: mujeres. O, me-

Por dicho, el acceso a las mujeres que especulan con criptomonedas. FTX había gastado ingentes cantidades de dinero para captar la atención de los hombres. La moda, al parecer de Sam, ocupaba más o menos el mismo lugar en el imaginario femenino que los deportes en el masculino. Les había pedido a unos expertos en marketing una lista de las cosas que podría hacer en el sector de la moda para atraer a las mujeres. La Gala del Met estaba en la lista. Y ahí estaba él, en una videoconferencia por Zoom con la mismísima Anna Wintour, que ahora parecía insinuar que quizá Sam podría costear todo el sarao.

—Sí, por supuesto —dijo Sam, pero su cabeza estaba en otra parte.

El Dragón Atesorador había muerto. Anna Wintour lo había matado. ¿Qué hacer? Hizo un intento no muy convencido de empezar otra partida y elegir otro héroe, pero después cambió de opinión y cerró el juego. A menudo podía estar en dos mundos a la vez y ganar en ambos. En este caso, era evidente que no tenía ninguna posibilidad de ganar en un mundo a menos que prestara menos atención en el otro. Y esta mujer, por lo que fuera, había adquirido un hechizo que interfería con su capacidad para la multitarea. Porque ahora ella no le estaba pidiendo sólo su dinero y su tiempo. Quería saberlo todo sobre las actividades políticas de Sam.

—Mi madre trabaja a tiempo completo en la eficacia de las donaciones a campañas políticas, y mi hermano está en Washington con los responsables de las políticas públicas —dijo Sam, mientras volvía a poner en pantalla la cara de Anna Wintour—. Estamos trabajando bastante para ver hasta qué punto es difícil robar unas elecciones. Es triste que ése sea el terreno en el que tenemos que luchar, pero así es.

Durante un tiempo sorprendentemente largo, el gasto de Sam en las elecciones estadounidenses había pasado inadvertido. En 2020 destinó 5,2 millones de dólares a la campaña presidencial de Joe Biden sin que nadie se lo pidiera y ni siquiera se lo agradecieran. Fue el segundo o tercer mayor donante de Biden, y aun así el comité de campaña ni siquiera se molestó en llamarlo. Desde entonces, Sam había dado decenas de millones de dólares

a más de un centenar de candidatos y comités de acción política (PAC, por sus siglas en inglés) por vías que dificultaban la detección de su identidad. Era otro juego más («Cómo influir en la política estadounidense») que aprendía con la práctica, y era bastante divertido, sobre todo cuando se poseía el poder especial de la invisibilidad. Pero entonces «la cagó», como él mismo dijo. En alguna entrevista dejó caer que estaba pensando en destinar 1.000 millones de dólares a las siguientes elecciones presidenciales. Ese comentario había despertado a la bestia. Y ahora Anna Wintour le estaba profesando su amor por Pete Buttigieg. Le estaba preguntando dónde, exactamente, preveía estar Sam en las siguientes semanas, para hablar más sobre Pete Buttigieg.

—Claro, me encantaría que me lo presentaran. Es alguien que me encantaría ver como presidente —dijo Sam.

Si pensaba que con eso dejaría contenta a Anna Wintour, se equivocaba. Ella quería fijar un lugar en el mundo real en el que Sam pudiera estar, y un momento en el que Sam pudiera estar allí.

—Estoy en las Bahamas el 60 por ciento del tiempo —dijo Sam, eludiendo hábilmente la pregunta—. En Washington estoy algunas veces. Para bien o para mal, el 13 por ciento de mi trabajo consiste ahora en decirles a los reguladores cómo debería ser la regulación de las criptomonedas en Estados Unidos.

Tenía la pierna izquierda, desnuda, enroscada bajo el trasero; el talón derecho, enfundado en un calcetín deportivo blanco, rebotaba una y otra vez sobre la moqueta. Más que un magnate de las criptomonedas, parecía un niño de primer curso con ganas de mear. *Pero ahora Anna Wintour volvía a hablar, gracias a Dios.* Liberado, se puso a mirar su Twitter. Dos noches antes, Sam había conocido a Katy Perry. Ella quería saberlo todo sobre las criptomonedas. Ahora Katy Perry publicaba en Instagram: «Dejo la música y paso a ser becaria de @ftx_official 🍷».

El tono de Anna Wintour estaba cambiando. Había conseguido lo que había ido a buscar y ahora estaba poniendo cordialmente fin a la conversación. Para librarse de ella, lo único que Sam tenía que hacer era emitir sus habituales sonidos de total acuerdo con lo que ella dijera.

- Sip.
- ¡Estupendo!
- Tiene todo el sentido.
- ¡Sí, me encantaría!
- ¡Nos vemos!

Con eso, Sam pulsó un botón y Anna Wintour desapareció para siempre, con la comprensible impresión de que Sam Bankman-Fried, el multimillonario más desprendido que jamás haya pisado la Tierra, había accedido a ser su invitado especial en la Gala del Met. De que Sam incluso podría pagarlo todo. Sam, por su parte, no había pensado en ello. Ni siquiera había empezado a hacer sus cuentas de la Gala del Met. «Tendría que pensarme muy bien si esto es algo a lo que me conviene ir», dijo, mientras guardaba el portátil en la mochila, junto a su muda, e iba hacia la puerta de la habitación de aquel hotel de Los Ángeles para volver a las Bahamas. «Sin duda, allí estaría fuera de lugar. Va a ser una aguja difícil de enhebrar.»

En las semanas siguientes, Sam no le dio a la gente de Anna Wintour motivos para pensar que estuviese haciendo algo que no fuese enhebrar agujas. El equipo de marketing de FTX tanteó a Louis Vuitton sobre la posibilidad de crear una versión del *look* de Sam —camiseta y pantalón corto— digna para la alfombra roja. Otros empleados de FTX, quizá para cubrir las apuestas de la compañía, pagaron a Tom Ford para que diseñara un atuendo más convencional, incluidos unos gemelos de 65.000 dólares. Entre bastidores, todo siguió su proceso, pero Sam nunca se implicó en él, y ni siquiera dijo lo que pensaba. Veía con recelo la lista de numeritos *fashionistas* ideados por el equipo de marketing. «No tengo ni idea de cuáles de estas cosas importan y cuáles no. No sé si hay alguna forma de saberlo», dijo.

Toda su vida, desde que tuvo uso de razón, le había dejado perplejo cómo la gente permitía que el aspecto físico condicionara su vida. «Empiezas a tomar decisiones sobre quién vas a ser basándote en qué aspecto tienen los demás. Después, por ese motivo, tomas malas decisiones sobre la religión, la comida y todo lo demás. Y luego sólo estás tirando los dados para ver quién vas a ser», dijo. Anna Wintour, ahora que lo pensaba, represen-

taba mucho de lo que no le gustaba del ser humano. «Hay pocos sectores contra los que tenga fuertes objeciones morales, y el suyo es uno de ellos. Siento un verdadero desprecio por la moda. Siento un desprecio general por la importancia que tiene el atractivo físico, y esto es algo que se deriva de ahí», dijo.

Muy brevemente, Sam dejó a un lado su desprecio por la industria de la moda e intentó hacer algunos cálculos. «Cuatro mil millones de mujeres en el planeta. Digamos que, de ellas, una de cada mil presta atención a la Gala del Met. Digamos que, de estas últimas, una de cada cien se interesa por FTX...» Pero aquello era como intentar cepillarse el pelo con un chicle enredado en él. En su cabeza, era incapaz de pasar por alto que tendría que prescindir de sus pantalones cortos. Y, sin embargo, dejó que la decisión se quedara ahí, pudriéndose, durante meses. La Gala del Met no se celebraba hasta el 2 de mayo. Al parecer de Sam, tenía más o menos hasta la noche del 1 de mayo para decirle a Natalie qué pensaba hacer.

Natalie estaba preparada para que la gente de Anna Wintour se sintiera decepcionada cuando les dijera que Sam no estaría allí. Fue su indignación lo que la sorprendió. «¡Llamaron, y gritaron, y dijeron que Sam nunca volvería a poner un pie en la moda!»», dijo Natalie. Hasta ahí llegó el intento de atraer a más mujeres al mundo cripto. Natalie no entendía por qué la Gala del Met tenía tanta importancia. La decisión de Sam de no ir, tomada en el último momento, no iba a provocar los estragos causados por algunos de sus otros cálculos mentales. Había directores ejecutivos que habían volado a las Bahamas con la impresión errónea de que Sam había accedido a comprar sus empresas. El Foro Económico Mundial tuvo que apañárselas de prisa y corriendo para llenar un escenario y cancelar las entrevistas con los medios después de que Sam decidiera, la víspera del gran discurso que debía pronunciar en Davos, no hacerlo. Sam no voló a Dubái para pronunciar el discurso de apertura de la fiesta de la revista *Time* para las cien personas más influyentes del mundo, después de que *Time* lo hubiese incluido en la lista y lo hubiese halagado

en la revista. «En un mundo cripto plagado de estafas, hedonismo y codicia, Bankman-Fried aporta una visión más amable y con mayor impacto, alumbrada por la nueva tecnología», había escrito *Time* la semana antes de que Sam los dejara plantados. Tyra Banks, will.i.am y los demás integrantes de la lista de los más influyentes escucharon las palabras preparadas a toda prisa por un empleado de FTX, no del todo sobrio, llamado Adam Jacobs, desconcertado por tener que sustituir a Sam. «Yo me preguntaba: ¿Qué hace el jefe de pagos dando este discurso? ¿Por qué estoy bebiendo con will.i.am?», dijo Jacobs.

Pero la gente de *Time* no montó un escándalo. Nadie lo hizo, excepto la gente de Anna Wintour: la regla fundamental hasta el 2 de mayo de 2022 era que Sam tenía que ser Sam. A Natalie no se le pasó por la cabeza sentir siquiera una ligera irritación con Sam. Nunca podía molestarse por el desastre que él causaba a su paso y que ella tenía que limpiar, porque sabía que nunca lo hacía a propósito. Incluso podía perdonar a la gente que la llamaba para vociferarle cosas sobre Sam. Si ella misma no era capaz de entender del todo a Sam, ¿cómo iba a poder entenderlo nadie?